

OTÓN CATALÁN, J. (2017). *Misterio y transparencia*. Barcelona: Herder, 160 pp.

Misterio y transparencia traza un recorrido delimitado por un análisis de la transparencia, explicitada como gradación de lo translúcido a lo diáfano. Josep Otón Catalán expone la polisemia, sinonimia y paradoja de la oscuridad y de la transparencia. A través de la descripción de distintos materiales como el cristal o el vidrio, el escaparate, la vitrina, la celosía o las lentes, queda mostrado el contraste entre lo nítido y lo oscuro, lo límpido y lo confuso, entre la niebla o la bruma. La sutileza de la yuxtaposición en la pintura, las diferencias y analogías entre la transparencia definida en la física y en la política, y la recapitulación constante al empleo de la palabra transparencia en la posmodernidad conforman el preámbulo de una obra en la que hemos de comprender la acepción literal y metafórica de ese término desde lo social, lo cultural y lo religioso. El autor comienza este libro mediante la referencia a unos ciudadanos actuales que exigen transparencia democrática en contraposición con la transparencia distópica de los regímenes totalitarios o dictatoriales de la Segunda Guerra Mundial, donde se daba la vigilancia constante y una propaganda excesiva. Lo significativo de la posible definición de transparencia es su naturaleza dual o contradictoria, esa paradoja capaz de hacer que lo visible sea invisible, que lo invisible permita ver, que la luz ciegue en vez de alumbrar o que la oscuridad sorprenda mediante la transparencia.

Josep Otón hace referencia a ejemplos arquitectónicos: El Palacio de Cristal de Hyde Park, las construcciones de Loos, Le Corbusier y Mies van der Rohe o la estructura de vidrio de Norman Foster. A través del diseño de la edificación, de los medios tecnológicos en que detectamos un exceso de información que supone un ocultamiento, o del empleo cotidiano de máquinas (escáneres, resonancias, satélites, drones...) vemos cómo el autor dibuja un contexto en el que nada parece escapar de la transparencia o de la oscuridad. E incluso todo parece estar al servicio de esa doble cara de la luminosidad según la cual los adjetivos peyorativos que otorgábamos a lo opaco pueden incluirse en un ejemplo nítido, o las ventajas proclamadas a favor de lo límpido, la transparencia, se muestran como problemas o peligros. Tal vez esto nos ponga ya sobre la pista de aquello que Otón Catalán va tratar a continuación, la distopía de Orwell y el panóptico de Jeremy Bentham analizado por Foucault. Suena divertida a la vez que temeraria la comparación entre estos y las redes sociales o la democratización de la vigilancia: «Libertad y vigilancia se alían en la transparencia de la sociedad posmoderna» (p. 27). En este punto, el autor pone en evidencia la tensión generada entre el idealismo y el realismo. Y esto, a su vez, nos conduce a cuestionar cuál es

nuestro límite en relación con la transparencia, lo que me recuerda a aquella pregunta de Nietzsche: ¿cuánta verdad eres capaz de soportar?

El volumen, introducido por una presentación en la que el autor explicita un desarrollo no lineal guiado de manera temática, está estructurado en ocho capítulos cuyos títulos están caracterizados, en su mayoría, por la adjetivación de la transparencia: «La complejidad de la transparencia», «La opacidad divina», «La transparencia desveladora», «La transparencia religiosa», «La transparencia veladora», «La transparencia reveladora», «La mirada mística» y «La transparencia trascendente». La obra presenta de este modo, mediante la subdivisión de estos capítulos en apartados cada vez más detallados, una progresiva aproximación al significado de la transparencia al tiempo que introduce la reflexión acerca del misterio a partir de la dificultad para definir esa transparencia. El punto de encuentro entre ambas, el título del libro, queda reforzado a través de numerosas y variadas alusiones a Paul Scheerbart, Theodor Adorno, Gianni Vattimo, Spencer Tunick, Rudolf Otto, Primo Lévi, Descartes, Kant, Nietzsche, Simon Weil, Wittgenstein, Peter Hünemann, Lluís Duch, Walter Benjamin, Unamuno, Ortega y Gasset, Alain de Botton, Rousseau, Comte, George Steiner, Mircea Eliade.... Del mismo modo, el lector encontrará en este libro fragmentos bíblicos con los que acompañar ese desarrollo de la transparencia que formula un acercamiento al misterio.

Ahora bien, ¿qué es el misterio? La inmanencia, lo tangible y lo experimentable juegan un papel relevante en esta cuestión. En el imaginario colectivo hallamos la espiritualidad, la desmaterialización, lo divino. Si el misterio va más allá de lo empírico o no está implícito de manera necesaria en la experiencia humana, entonces su definición excluye todo aquello que no sea trascendente, se oculta a modo de secreto, como lo sagrado, escondido de forma que bien podría decirse que únicamente puede encontrarse en el santuario del templo de Jerusalén. Por otra parte, ¿cómo concebir e incluso compatibilizar a un Dios oscuro, innombrable, con ese Dios del Evangelio que reivindica la transparencia? He ahí, una vez más, la llamativa coordinación de esos opuestos de luz. «En este sentido, es posible pensar que, si bien el Misterio no es, por esencia, transparente, en cambio la transparencia puede ser una vía de acercamiento al Misterio» (p. 37).

Las transparencias alternativas se encuentran en la desnudez de la protesta de los *streakers*, las activistas Femen o los ecologistas. Josep Otón menciona las fotografías de las multitudes desnudas de Spencer Tunick, en las que los límites entre lo público y lo privado, tolerado y prohibido, son difusos porque ocultan al individuo entre la multitud. También señala los conflictos generados en la red en la gestión de los datos personales, la

dificultad para salvaguardar de manera constante la privacidad. Ejemplifica esto último con los daños de WikiLeaks. Al mismo tiempo, muchos usuarios se caracterizan por el exhibicionismo y epifanía. Se dan pues, numerosos casos de transparencia como arma y como derecho.

Otón Catalán señala la desnudez edénica, la transparencia en las Teofanías, la nube de Sinaí. Presenta, además, la crisis de la escolástica sustituida por la crisis de la imagen de Dios. «El concepto «Dios» está siendo cuestionado porque se entiende como un residuo de un pasado vergonzante, un anacronismo que ha sobrevivido en la conciencia de Occidente por la inercia de las mentalidades y la rigidez de las instituciones» (p. 41). El secretismo sospechoso de la institución refractaria que puede conformar la Iglesia unido a un Dios sin identidad, represor, acusado de irresponsable por su silencio o permisividad ante el mal, vuelve una vez más a cuestionar la concepción social de Dios y su definición como *deus ex machina* o *deus absconditus*. En los factores determinantes encontramos la infinitud, la incommensurabilidad y la inefabilidad, en su formulación podemos hallar a un autócrata o un mago, en su revelación vemos a un Dios que va más allá de la comprensión del hombre. *Misterio y transparencia* expone lo desconcertante de un Dios que se revela a la vez que se escapa. Desde la instrumentalización del misterio para la manipulación política hasta el niño hambriento de Simone Weil, lo práctico, la opulencia y la vulnerabilidad dejan huella de causas variadas del interés o el rechazo hacia el Misterio.

La obra subraya la opacidad como característica implícita en el misterio. Sugiere la revelación como posibilidad que depende del grado de proximidad de cada uno, y presenta los enigmas de Jesús, su mensaje, como un lenguaje codificado ante el que se ha de tener precaución. La desarticulación de las religiones, la desacralización de la experiencia mística, conducen a una desilusión existencial fruto de la inmanencia propia del desencantamiento del mundo. El autor explicita, según la idea defendida por Max Weber, cómo los principios del calvinismo favorecieron el capitalismo y la ciencia. Y cómo se produce en la modernidad la superación del rito o el sacramento. Del profetismo del Antiguo Testamento al protestantismo puritano, el proceso de instauración del laicismo y la secularización llevan, como menciona Marcel Gauchet, a la pérdida del poder estructurador de la sociedad occidental. La crítica de la revelación, iluminación y mística comienza ahora desde la neurología, la psicología o la química. De modo que no se da una interpretación sobrenatural de lo místico, sino que en este caso se produce un desprestigio sistemático fundamentado en el psiquismo. Las causas fisiológicas en trances místicos, la hiperia, hiperestesia u otras causas físicas señaladas por Romain Rolland, Georges Bataille y psiquiatras y neurólogos españoles

conforman respuestas alternativas a los sucesos místicos. Así hasta llegar a un monismo inmanentista autorreferencial sin trascendencia.

La religión para ateos, para la humanidad, el credo original del ciudadano moderno tras la erosión de la teología no presenta la ausencia de la religión, sino más bien un conjunto de sucedáneos. Josep Otón, a partir de Mircea Eliade, menciona ese comportamiento religioso escondido en quienes aseguran ser beligerantes con la religión. A través de Alain de Botton, George Steiner o Sanz del Río, entre muchos otros, encontramos un fondo sagrado muy difuso. Se da el paso del templo a la totalidad de los lugares. «Lo sagrado abandona el espacio que le corresponde —el templo— y se desplaza hacia el territorio de lo profano» (p. 65). El contexto está marcado por el intento de racionalización de toda interpretación como acción de purificación. El desarrollo económico, la industrialización, las lentes del científico son la forma fidedigna de proceder. El problema, como explica Otón Catalán, es el reduccionismo científico, el peligro de esa explicación mecánica mediante datos cuantitativos que han de ser controlados mediante reglas de cálculo y que, por lo tanto, se extralimita a lo mensurable y pierde su valor a través de lo estrictamente observable, explotado o dominado.

Por su parte, dentro del propio desencanto religioso, tras alusiones a Bertolt Brecht y Walter Benjamin, el autor sorprende con la traición de la transparencia. Y vemos, a través de Simone Weil, Nietzsche y Heidegger, la controversia entre el dios de la especulación racionalista y el de la experiencia religiosa. A su vez, en la transparencia religiosa han de tenerse en cuenta las dos dimensiones de lo sagrado, la personal y la de la manifestación cultural, ya que la concepción dependerá en gran medida de ese contexto interpretativo desde el que la estructura diacrónica (la tradición) y la estructura sincrónica (la comunidad de creyentes) vuelven a conformar, construir o interpretar la religión, concebida siempre, en todo caso, como un depósito de sabiduría caracterizada por una cara opaca desentrañada de forma lógica: «Las religiones custodian un depósito de sabiduría que, si bien atañe a la intuición de lo sagrado, no por ello contradice la lógica. Por el contrario, la promueve desactivando aquellos aspectos más irracionales que constituyen la cara opaca de la religión» (p. 77).

La experiencia religiosa como espejismo, e incluso la propia imagen como tal en las obras de Magritte, lo desmedido de la vivencia personal en la posmodernidad y las diferencias entre el significado y el significante son los puntos principales de esa constante diferenciación entre la cosa, la representación y la interpretación, no desprovista, desde luego, de otra diferencia original entre la percepción, el sentido y la realidad. Por otra parte, la experiencia religiosa queda mostrada como una vivencia intermitente,

mediatizada por la cultura, es decir, por la doctrina y su rito, la ética y la comunidad. De este modo, la objetivación del misterio, la burocratización y el divorcio ya consumado entre la experiencia y la tradición, exponen cómo la ideologización de la fe hace que la moral y la liturgia reemplacen la experiencia de lo sagrado. Se da la pérdida de la referencia a lo trascendente, la dificultad para una experiencia sin elementos culturales.

Desde lo sapiencial, la transparencia tampoco deja de ser compleja en la medida en que la racionalidad es un polo opuesto a la fe. Filosofía cristiana, este oxímoron, es una vía de pretensión e imposición de la lógica en el discurso. Así, la obra, en su contenido, implica una estructura circular en la que volvemos a un misterio y una transparencia que son antagónicos, y donde se recuerda que el exceso de transparencia genera oscuridad y que la luz deslumbra. Cómo, desde ahí, concebir la revelación de lo trascendente a partir de lo inmanente. O cómo presenta el secreto el Maestro Eckhart y la teología apofática recalca esa revelación en la oscuridad. Es decir, cómo se da ese *deus revelatus* es la cuestión que, tras alusiones al acontecimiento pascual y la transparencia kenótica, Otón Catalán encamina hacia la transparencia inmanente. «Esta presencia kenótica del Misterio hace que nos preguntemos si nos encontramos ante una inmanencia transparente que deja entrever lo trascendente, o bien, por el contrario, se trata de una transparencia trascendente y, por lo tanto, invisible hasta el punto de confundirse con la propia inmanencia» (p. 100).

La ambivalencia del velo, de la realidad, la confusión causada por la mediación con Dios o su conocimiento imperfecto, pero perfectible, son ya una invitación a lo que el autor propondrá en la lectura de un texto, la fijación en la claridad, la información y la revelación, es decir, cómo la comprensión ha de darse desde el saber leer y el saber interpretar y cómo la revelación es ininteligible sin la predisposición hacia ella. Otón Catalán volverá en sus últimos capítulos a la arquitectura como medio que explicita las posibilidades de la transparencia a través del cristal, en el Pabellón de Cristal de Bruno Taut, en el posible símil con el Castillo en Santa Teresa de Jesús y en la comparación entre las construcciones y el cuerpo humano mediante referencias a san Juan de la Cruz, María Zambrano, san Agustín o Rudolf Otto. Del mismo modo, tras los comentarios de filósofos sobre el mensaje de los místicos del Siglo de Oro, se dan relaciones entre los espacios del templo y las partes de la Biblia, entre el recurso literario y el lector, entre la revelación y el desvelamiento personal.

En las últimas páginas de este volumen se propone la reformulación de la concepción de lo misterioso y la necesidad de no perder con esto lo referente al contexto, lo externo, la realidad. El autor ejemplifica esto con un

fragmento del testimonio de Johann Baptist Metz tras Auschwitz, y sugiere así la unión de lo que aparenta ser contradictorio. «Por tanto, podríamos contraponer el compromiso cristiano de los ojos abiertos al retraimiento de la meditación realizada con los ojos cerrados. Aunque tal vez deberíamos superar estereotipos y aproximarnos a la mística de los ojos abiertos, viendo en ella un punto de encuentro» (p. 128). De ahí la coherencia del libro al explicar a continuación esa mística de los ojos abiertos mediante el profeta Balaam, las reflexiones de Baudelaire y Aldous Huxley, y la transformación del mundo concebida por Carl Gustav Jung. Josep Otón, además, se detiene en ejemplos de personas muy vinculadas a esa atención y transformación de la realidad: William Wilberforce, Dag Hammarskjöld, Martin Luther King, Óscar Romero, Simone Weil... El libro finaliza con las críticas de Byung-Chul Han a la transparencia, el diagnóstico del exhibicionismo y el abuso de la publicidad en la posmodernidad, la posibilidad del recurso cultural del velo, mencionado por Wittgenstein, y una reflexión de Nietzsche acerca de la luminosidad y la profundidad. El lector se encuentra entonces ante la insinuación, la sutileza, lo sinuoso, lo paulatino, la elipsis y, una vez más, ante esa transparencia gradual que trasciende lo literal y se muestra mediante lo inmanente.

A mi juicio, en un contexto donde la inmanencia ha triunfado, en este velatorio de la muerte de Dios, el equilibrio entre la luz y la oscuridad tal vez no pueda revelar más que una nueva resurrección, o acaso la contemplación de su cadáver. A lo mejor, como decía Nietzsche, hemos crecido demasiado para creer en Dios. Como si lo hubiésemos matado y el asesinato fuese tan en vano que hubiese que volver a inventarlo otra vez, o despertarlo, pedirle disculpas, cambiarle de ropa, de nombre, para que deje de ser ese extraño anacrónico que Otón menciona, un extraño en su propia casa, en nuestra cultura europea. Después de todo, una vez más, hemos superado la superstición y la opacidad mediante la apuesta por otras vías que mañana serán criticadas de ese mismo modo. De ahí que el recorrido que esta obra presenta sea una buena invitación para pensar en la oscuridad de esa transparencia que creemos haber encontrado, y para que volvamos de nuevo a la transparencia de esa otra oscuridad misteriosa, que aunque siga siéndolo, se muestra de ese modo fiel a su naturaleza y sorprendente en una contradicción que no es tal o que, por qué no, podría permitirse serlo, a modo de divertimento con el que burlar no ya los límites de lo mensurable y observable, sino también los de un lenguaje y una lógica cada vez más cuestionados.

ALBA RAMÍREZ GUIJARRO